

bamboleándose como hombre ebrio, y este cíclope—pues no tenía ya más que un ojo,—se comprendió que iba á concluir la lucha, y que éste estaba perdido sin remedio. Helmsgail, que apenas estaba sudado, gritó:

—Apostaría en favor mío mil contra uno.

—¡Concedido! ¡concedido! — gritaron de todas partes.

Transcurridos los cinco minutos de suspensión, volvió á continuar la lucha. Este combate, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un simple entretenimiento para Helmsgail.

El enano pudo conseguir coger de repente debajo de su brazo izquierdo la voluminosa cabeza del gigante y allí la sostuvo con el sobaco, con el cuello plegado y la nuca debajo, mientras que su puño derecho caía y volvía á caer con fuerza, como un martillo sobre un clavo, y le destrozaba la cara. Cuando soltó á Phelem-ghe-madone y éste pudo levantar la cabeza, no se le conocía ya la cara. Lo que fué nariz, boca y ojos, ofrecía la apariencia de una esponja negra empapada en sangre. Escupió y echó en el suelo cuatro dientes.

Luego cayó y Kilter le recibió sobre la rodilla.

Helmsgail únicamente tenía algunas moraduras y un arañazo en la clavícula.

Harry de Carleton exclamó:

—Ya ha terminado Phelem-ghe-madone: apuesto en favor de Helmsgail mi pairía de Bella-Agua y mi título de lord Bellew contra una peluca vieja del arzobispo de Cantorbery.

Kilter introdujo la franela sangrienta dentro de la botella y la sacó empapada de ginebra: se la metió en la boca á Phelem-ghe-madone y éste abrió un ojo.

—Toma otra vez más ginebra, amigo mío—le dijo Kilter en voz queda;—por el honor de nuestro país.

Phelem-ghe-madone obedeció á su amigo y después se levantó.

Por la manera de colocarse en posición

Helmsgail levantó el brazo y pegó, pero lo más extraño fué que los dos cayeron al suelo. Oyóse un gruñido alegre, producido por Phelem-ghe-madone, que estaba contento. Se aprovechó del golpe tremendo que su contrario le dió en el cráneo, para darle otro terrible en el ombligo.

Helmsgail yacía en tierra y resollaba agonizando.

La concurrencia que le vió, exclamó: —Ya se ha reembolsado.

Todos los concurrentes aplaudieron, aun los que habían perdido.

Phelem-ghe-madone devolvió mal golpe por mal golpe y obraba según su derecho. Lleváronse en unas angarillas á Helmsgail; era opinión general que no volvería ya á *boxar*.

—Yo gano mil doscientas guineas.

Phelem-ghe-madone quedó, indudablemente, estropeado para toda la vida.

Al salir del sitio de la lucha, Josiana se apoyó en el brazo de lord David—lo que es permitido entre prometidos, — y le dijo:

—Esto será bastante divertido, pero...

—¿Pero qué?

—Creía que me libraría del tedio, pero me ha aburrido más.

Lord David se detuvo, miró á Josiana, cerró la boca é hinchó los carrillos, moviendo la cabeza, como para que ésta le atendiese, y le dijo:

—Para curar el tedio sólo hay un remedio.

—¿Cuál?

—Gwynplaine.

La Duquesa le interrogó:

—¿Qué significa Gwynplaine?

LIBRO SEGUNDO

Gawimplaine y Dea.

I

EN EL QUE SE VE EL ROSTRO DEL QUE HASTA AHORA ÚNICAMENTE SE HAN VISTO LAS ACCIONES.

La Naturaleza fué pródiga con Gwynplaine: le dotó de una boca que abría de oreja á oreja, de orejas que se plegaban casi encima de los ojos, de nariz deforme y de una cara que hacía reír al que la miraba. ¿Esta deformidad, era sólo obra de la Naturaleza? ¿No la habían ayudado los hombres?

No produce generalmente la Naturaleza ojos parecidos á días de sufrimiento, protuberancia carnosa con dos agujeros por narices y rostro machacado produciendo el resultado de la risa, cuando la risa siempre es la manifestación de la alegría.

Observando al volatinero (pues Gwynplaine era volatinero), pasada la primera impresión alegre que producía, advertíase en él la huella del arte. Semejante rostro no es casual, sino hecho adrede. No es natural ser completo hasta ese punto. El hombre no puede mejorar su hermosura, pero sí su fealdad. No se puede ha-

cer de un perfil hotentote un perfil romano, pero una nariz griega podréis transformarla en nariz kalmuca. ¿Llamaba este volatinero, siendo niño, la atención, hasta el extremo de que fuese digno de que le modificasen la cara de este modo? Indudablemente lo hicieron así para exhibirle y para especular con él. Según todas las apariencias, los industrioses compraniños le habían trabajado el semblante. Era evidente que una ciencia misteriosa, quizás oculta, que era á la cirugía lo que la alquimia es á la química, había cincelado esa carne, evidentemente en la edad infantil, y creado con premeditación ese semblante; esa ciencia, hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, había hendido la boca, desfigurando los labios, descarnado las encías, extendido las orejas, deshecho los cartílagos, desordenado las cejas y las mejillas, alargando el músculo cigomático, hecho desaparecer las costuras y las cicatrices, extendiendo la piel sobre las lesiones, conservando siempre el semblante boquiabierto, y de esta escultura poderosa y profunda había resultado la máscara de Gwynplaine. No se nace con ese rostro.

Habían hecho de él lo que se propusie-

ron los que lo trabajaron. Gwynplaine era un don concedido por la Providencia para librar á los hombres del tedio, porque, ¿no hay una Providencia demonio, como hay una Providencia Dios? Hacemos esta pregunta sin resolver la respuesta.

Gwynplaine, como saltimbanqui, se exhibía al público, y el efecto que causaba en éste era indecible. Sólo presentándose curaba á los hipocondríacos. Los que estaban de luto procuraban no verle para no tener que reír con inconveniencia. El verdugo fué á verle y le hizo reír también. El que le veía no podía evitar la risa, y el que le oía hablar reía á carcajadas. Era el polo contrario al de la aflicción; el *spleen* ocupaba un extremo y Gwynplaine otro.

Por eso alcanzó con rapidez en las ferias y en las plazas públicas la fama de hombre horrible; sin embargo, su cara se reía, pero no su pensamiento. La especie de cara nunca vista que la casualidad ó la industria le había proporcionado, reía ella sola; Gwynplaine no contribuía á ello; su exterior no dependía de su interior. El no podía despojarse de la risa que le grabaron en la frente, en las mejillas, en las cejas y en la boca; se la dejaron indeleble en el rostro; era una risa automática é irresistible, pues estaba en él petrificada. La boca tiene dos convulsiones comunicativas; la risa y el bostezo. A consecuencia de la misteriosa operación que sufrió Gwynplaine siendo niño, todas las partes del rostro contribuían á darle el aspecto indicado, y todas sus emociones, fuesen de la especie que fuesen, acrecentaban aquella extraña imagen de la alegría, ó, por mejor decir, la agravaban. Figuraos una cabeza de Medusa alegre.

El arte antiguo aplicaba en otros tiempos en los frontis de los teatros de Grecia una cara alegre, de cobre. Esta cara llamábase la Comedia. Esa cara, que estaba pensativa, parecía que reía y hacía reír. Todas las parodias que conducen á la demencia y todas las ironías que llegan hasta la sabiduría, se mezclaban en ella; la suma de cuidados, de desilusiones, de disgustos y de pesares se hallaban con su frente impasible y daba el total lúgubre de la alegría; levantaba uno de los extremos de su boca la burla por la parte del género humano, y la blasfemia el otro extremo por la parte de los dioses; los hombres comprobaban con ese modelo del

sarcasmo ideal el ejemplar de ironía que cada uno posee, y la muchedumbre, renovada sin cesar alrededor de esa risa fija, se admiraba con facilidad ante la inmovilidad sepulcral de aquella risa mofadora. La máscara muerta de la Comedia antigua, ceñida á un hombre vivo, podía casi casi decirse que era la de Gwynplaine. ¡Pesada carga es para un hombre la risa eterna!

Expliquemos esa risa eterna y entendámonos. Es creencia de los maniqueos que lo absoluto cede algunas veces y que Dios mismo tiene intermitencias. Entendámonos también respecto á la voluntad. Que pueda ser siempre completamente impotente no lo admitimos. La existencia es como una carta que la postdata modifica. Para Gwynplaine el *post scriptum* era este: á fuerza de voluntad y concentrando en ella toda su atención, y sin que emoción alguna distrajerse ni detuviese la fijeza de sus esfuerzos, podía llegar á suspender el eterno aspecto de su rostro y cubrirle con una especie de velo trágico; entonces el que le miraba no se reía, se estremecía. Pero tal esfuerzo casi nunca le hacía Gwynplaine, porque le producía dolorosa fatiga y tensión insoponible. Era suficiente, por otra parte, la menor distracción ó la más insignificante emoción para que la risa arrancada volviese á aparecer irresistible como un reflujó en su fisonomía, y era siempre más intensa que la emoción. A excepción de esta difícilísima restricción, la risa de Gwynplaine era eterna.

La gente reía al mirarle, y después volvía la cabeza al otro lado. A las mujeres, particularmente, les causaba horror; era un hombre espantoso. La convulsión bufona que sufrían era como la paga de un tributo; la sufrían con alegría casi mecánica. Pasado el momento de la risa, Gwynplaine era para las mujeres insoponible de ver é imposible de mirar.

Dejando la fisonomía aparte, era alto, bien formado, ágil, y esta era otra indicación más que hacía suponer que Gwynplaine era creación del arte y no obra de la Naturaleza. Siendo bien formado de cuerpo, debió haberlo sido de cara; al nacer debió ser un niño como cualquier otro. Conservaron el cuerpo intacto y únicamente le retocaron el rostro. Gwynplaine había sido hecho así ex profeso.

Esto era lo verosímil. Le dejaron los dientes, porque son indispensables para reír. La operación que practicaron en él debió ser espantosa; él no recordaba nada, pero esto no prueba que no la sufriese. Tal escultura quirúrgica sólo pudo producir ese resultado en un niño muy pequeño, y, por lo tanto, sin tener conciencia de lo que le sucedía, creyendo que una llaga era una enfermedad. Además, entonces eran ya conocidos los medios de adormecer al paciente y de evitar el sufrimiento.

Además de este rostro, los que le educaron le habían proporcionado cualidades de gimnasta y de atleta; sus articulaciones, hábilmente dislocadas y á propósito para hacer flexiones en sentido inverso, recibieron educación de clown y podían, como los goznes de las puertas, moverse en todos sentidos. Nada se omitió en su educación de gimnasta para que pudiese dedicarse al oficio de saltimbanqui.

Tiñeron su cabello de color de ocre una vez para siempre; este secreto se ha vuelto á hallar en nuestros días. Las mujeres hermosas lo utilizan; lo que afeaba en otros tiempos ahora se cree que hermosa. Gwynplaine tenía el cabello amarillento; la pintura del cabello, que aparentemente es corrosiva, se lo dejó lanudo y grueso: lo tenía erizado de tal suerte, que más parecía melena que cabellera, y cubría y ocultaba un cráneo formado para encerrar el pensamiento. La operación que deshizo la armonía del rostro y desordenó su carne, no había hecho presa de la caja huesosa. El ángulo facial de Gwynplaine era sorprendente por su hermosa contextura. Detrás de su risa eterna ocultaba un alma que soñaba como la de todos los demás.

Por otra parte, la risa le servía á Gwynplaine de talento; no pudiendo terminar con ella, le sacaba partido; mediante la risa se ganaba la vida.

Gwynplaine era aquel pequeño que abandonaron una tarde los compraninos en las costas de Portland y que recogió Ursus en su choza ambulante en Weymouth.

II

DEA

El niño era en 1705 un hombre; quince años habían pasado desde entonces; Gwynplaine tenía ya veinticinco.

Ursus se quedó con los dos niños y formaban un grupo nómada. Ursus y Homo habían envejecido. Ursus estaba enteramente calvo y Homo gris. La edad de los lobos no está fijada aún, como la de los perros: según Molin, existen lobos que viven ochenta años, entre otros, el koupara, *cavia vorus*, y el lobo odorante, *canis nubilus*, de Say.

La pequeñuela hallada junto á su madre muerta, era ya ahora una criatura de diez y seis años, pálida, con cabellos negros, delgada, casi temblante de delicada, admirablemente bella, con los ojos llenos de luz, pero ciegos.

La fatal noche de invierno que lanzó al suelo á la mendiga con su hija, causó dos desgracias; mató á la madre y cegó á la hija. La gota serena paralizó las pupilas de ésta: en su semblante, privado de la luz, el extremo de los labios abatidos, expresaba ese amargo disgusto. Sus ojos, grandes y claros, ofrecían la singularidad de estar apagados para ella y brillaban para los demás; misteriosas luces encendidas, que únicamente alumbraban el exterior. Esa cautiva de las tinieblas blanqueaba el sitio donde se encontraba; desde el fondo de su obscuridad incurable, por detrás de la pared negra que se llama ceguera, resplandecía. No veía por fuera el sol, y contemplaban en ella los demás el alma. Su mirada muerta tenía una fijeza celestial: era noche, y de la sombra irremediable que se amalgamaba á ella salía un astro.

Ursus, monománfaco por los nombres latinos, le había puesto el de Dea. Hasta cierto punto consultó con el lobo, diciéndole.

te: Tú representas al hombre, yo al animal: somos el mundo de aquí abajo, y esta pequeña representará el de arriba. Tanta debilidad debe tener mucho poder; de este modo tendremos el universo entero en nuestra choza, humanidad, bestialidad y divinidad.

El lobo no le puso objeción alguna.

Por eso la niña se llamó Dea.

Respecto á Gwynplaine, Ursus no se tomó el trabajo de buscarle nombre. La misma mañana en que vió la cara desfigurada del niño y la ceguera de la niña, le preguntó:—Muchacho, ¿cómo te llaman?—Este le respondió:—Me llaman Gwynplaine.—Pues bien, ése será siempre tu nombre—repuso Ursus.

Dea ayudaba á Gwynplaine en sus ejercicios.

Si la miseria humana pudiera resumirse, se resumiría en Gwynplaine y en Dea. Parecía que habían nacido cada uno en un compartimiento del sepulcro; Gwynplaine en el horrible y Dea en el negro. Sus dos existencias estaban formadas de tinieblas de distinta clase, cogidas de los dos lados formidables de la noche. Estas tinieblas las tenía Dea en su interior y Gwynplaine en su exterior. Dea tenía algo de fantasma y Gwynplaine de espectro. Dea vivía en lo lúgubre y Gwynplaine en lo horrible; éste, que podía ver, luchaba con la posibilidad dolorosa, que no existía para la ciega Dea, de compararse con los demás hombres; y en un estado como el suyo, admitiendo que pudiera darse cuenta de él, compararse era no comprenderse. Tener, como Dea, vacía la mirada, es suprema desgracia; sin embargo, es menor que la de Gwynplaine; es ser su propio enigma, es sentir algo ausente, que es uno mismo, es ver el universo y no verse á sí mismo. A Dea le cubría el velo de la noche y á Gwynplaine la máscara de su cara, y es inexplicable estar enmascarado como éste, con su propia carne. Ignoraba cómo fué su fisonomía antes. Le habían substituído por otro él falso. Tenía por cara una desaparición. Vivía su cabeza y su rostro había muerto, y no recordaba haberlo conocido nunca. El género humano para Dea como para Gwynplaine, era un hecho exterior; estaban lejos de él, ella sola y él solo; el aislamiento de Dea era fú-

nebre, porque no veía nada; el aislamiento de Gwynplaine era siniestro, porque lo veía todo. Para Dea la creación limitábase al oído y al tacto; su realidad era corta y limitada, no conocía otro infinito que el de la sombra. Para Gwynplaine vivir era tener siempre á la muchedumbre delante y fuera de él. Dea era la proscrip-ta de la luz y Gwynplaine el desterrado de la vida. Eran dos desesperados que habían llegado al extremo posible de la calamidad y que vivían en él. El observador que se fijase en ellos se sentiría afectado de inmensa compasión. Un decreto de la desgracia pesaba visiblemente sobre esos dos seres, y nunca la fatalidad se empeñó tanto en lograr que fuese, para dos seres inocentes, el destino una tortura y la vida un infierno.

Pero ellos vivían en el Paraíso, porque se amaban.

Gwynplaine adoraba á Dea; Dea idolatraba á Gwynplaine.

—¡Eres tan hermoso!—exclamaba ella.

III

OCULOS NON HABET ET VIDET

Gwynplaine sólo veía á una mujer en el mundo, y esta mujer era ciega.

Todo lo que Gwynplaine había hecho por Dea, ésta lo sabía por Ursus, el cual se lo había referido todo. Dea sabía que acabando casi de nacer y muriendo encima de su madre, que acababa de expirar, un ser algo menos pequeño que ella, le recogió; que este ser, eliminado y rechazado por todo el mundo, había oído sus lamentos y sus gritos; que siendo el mundo sordo para él, él no lo había sido para ella; que este niño, débil y abandonado, sin punto de apoyo en la tierra, arrastrándose por el desierto, extenuado de cansancio, aceptó de manos de la noche el peso de otro niño; que él, que no podía esperar tener parte en la distribución que se llama suerte, encargóse de otro destino y se constituyó en su Providencia; que

cuando el Cielo se cerraba, él le abrió su corazón; que estando perdida, él la salvó; que no teniendo hogar ni abrigo, él le sirvió de refugio, sirviéndole de madre y de nodriza; que él, que estaba solo en el mundo, respondía á su abandono adoptándola; que en su obscuridad supo dar este ejemplo; que no creyéndose bastante desdichado, quiso aumentar su desventura con otra miseria; que en el mundo, que nada le ofrecía, descubrió su deber; que, casi desnudo, cubrió á Dea con sus andrajos porque tenía frío; que, á pesar de estar hambriento, pensaba en hacerle comer y beber; que por ella este niño había combatido y afrontado la muerte bajo todas sus formas, bajo la forma del invierno y la de la nieve, bajo la de la soledad y la del terror, del frío, del hambre, de la sed y del huracán; que por ella, ese titán de diez años había aceptado el combate con la inmensidad nocturna.

Dea sabía que Gwynplaine había hecho todo esto siendo niño, y que hoy, que era hombre, era para ella el sostén de su debilidad, la riqueza de su indigencia y la mirada de su ceguera. No obstante las densidades oscuras que le apartaban de él, distinguía con claridad su abnegación y su valor. El heroísmo tiene su contorno en la región inmaterial, y ella apoderábase de ese contorno en la inexpresable abstracción en que vive el pensamiento que el sol no ilumina, y comprendía el misterioso alineamiento de la virtud.

Entre el montón de cosas oscuras puestas en movimiento, única impresión que le sugería la realidad; en el estancamiento inquieto del ser pasivo y siempre vigilando el peligro posible; en la sensación de hallarse en él, sin defensa, por toda la vida, comprendía Dea establecido á Gwynplaine, nunca enfriado, nunca ausente, á Gwynplaine siempre amante y á punto de socorrerla, y Dea se sobresaltaba de gozo y de gratitud; la calma de su ansiedad la conducía al éxtasis, y con los ojos apagados contemplaba en el cenit de su abismo la luz intensa de su bondad.

La bondad es el sol en el ideal y Gwynplaine deslumbraba á Dea.

Para la muchedumbre, que tiene muchas cabezas para tener un pensamiento y demasiados ojos para tener una mirada; para la

muchedumbre que es superficial y se detiene en las superficies, Gwynplaine era un clown, un volatinero, un saltimbanqui, un ser grotesco, casi, casi un animal. La multitud sólo conocía de él la cara.

Para Dea era el salvador que la recogió de la tumba y la sacó de allí; el consuelo que le hacía posible la vida; el libertador, cuya mano conocía que guiaba la suya en el laberinto de la ceguera; Gwynplaine era el hermano, el amigo, el guía, el sostén, el esposo alado y radiante; y en el que la muchedumbre veía un monstruo, ella veía un arcángel.

Es porque Dea, á pesar de ser ciega, sabía ver el alma.

IV

DOS AMANTES Á PROPÓSITO

Ursus comprendía perfectamente todo esto, y aprobaba la fascinación de Dea.

—La ciega divisa lo invisible — decía; añadiendo: — La conciencia es visión.

Miraba á Gwynplaine y exclamaba:

—Semimonstruo, pero semidiós.

Dea fascinaba también á Gwynplaine. Existe un ojo invisible, que es el espíritu, y un ojo perceptible, que es la pupila, y con este ojo le veía él.

Dea sentía el deslumbramiento ideal y Gwynplaine el deslumbramiento real; el saltimbanqui no sólo era feo, sino espantoso, y ella le ofrecía el contraste de hermosura tan suave con el de fealdad tan absoluta. Dea parecía un sueño que había tomado cuerpo. Había en toda su figura, en su talle delgado é inquieto como una caña, en sus hombros, acaso invisiblemente alados; en las líneas perfectas y discretas de sus contornos que indicaban el sexo, pero al alma más que á los sentidos; en su blancura casi transparente, en la serenidad divina de sus

ojos sin mirada, en la inocencia sagrada de su sonrisa, gran aproximación al ángel, sin llegar á desaparecer en ella el carácter de mujer.

Gwynplaine, como ya dijimos, comparábase con los demás y comparaba á Dea. Su existencia actual era el resultado de una doble elección inaudita; era el punto de intersección de dos rayos; uno de arriba y otro de abajo, del rayo negro y del rayo blanco. La misma migaja puede ser picoteada á un tiempo por el pico del bien y por el del mal, el uno causando una mordedura y el otro dando un beso. Gwynplaine era esta migaja, átomo herido y acariciado. Fué el producto de la fatalidad complicada con la Providencia. La desdicha puso la mano sobre él, pero también la felicidad. Dos destinos extremos componían su suerte extraña. Sobre él caían un anatema y una bendición. ¿Quién era él? El mismo lo ignoraba: cuando se miraba se desconocía, pero el desconocido que veía en él era monstruoso. Gwynplaine vivía como decapitado, llevando un semblante que no era el suyo; este semblante era espantoso, tan espantoso que movía á risa; era infernalmente bufón, era el cambio del rostro humano en un mascarón bestial. Nunca se vió tan total eclipse del hombre en el semblante humano, nunca parodia tan completa, nunca máscara tan terrible se rió en una pesadilla, jamás todo lo que repugna á la mujer se amalgamó con tanta fealdad, en un hombre; y su corazón desventurado, que enmascaraba y calumniaba la cara, parecía condenado eternamente á la soledad. Pues bien, no era así; donde la maldad desconocida agotaba sus recursos, la bondad invisible hacía á su vez derroche de los suyos; al infeliz caído le levantó; al lado de lo que tenía de repulsivo colocó lo que atrae; puso muy cerca de él un alma, encargándole que le consolase, y logró que la belleza adorase á la deformidad. Para que esto fuera posible era necesario que la hermosa no viese al desfigurado; para conseguir la dicha era necesaria esa desgracia. La Providencia fué la que hizo cegar á Dea.

Gwynplaine conocía confusamente que era objeto de una redención. ¿Por qué le habían perseguido? Lo ignoraba. ¿Por qué le rescataban? No lo sabía, pero veía que

sobre su herida caía un bálsamo. Ursus, cuando Gwynplaine estuvo en la edad de comprender, le leyó y le explicó el texto del doctor Conquest, *De Denasatis*, y en otro infolio, *Hugo Plagon*, el pasaje *Nare: habens mutilatas*; pero Ursus se abstuvo con prudencia de hacer hipótesis y de sacar conclusiones. Sus suposiciones eran posibles y columbraba la posibilidad de vía de hecho contra la infancia; pero para Gwynplaine sólo había una evidencia, el resultado. Su destino de estar condenado á vivir bajo el peso de un estigma. ¿Por qué cargaba con ese estigma? No lo comprendía Gwynplaine. Eran echar al aire todas las conjeturas que se hiciesen sobre su realidad trágica, y únicamente era cierto y seguro el hecho terrible. Para consolarle en su aflicción intervenía Dea, que era una interposición celeste entre Gwynplaine y la desesperación, y recibía conmovido y alborozado el afecto de la joven hermosa, que le miraba compasiva en su infortunio: asombro paradisiaco enternecía su faz draconiana, y habituada á las tinieblas, tenía por prodigio que la luz le admirase y le adorase en el ideal, y sabiendo que era un monstruo, experimentaba el inefable placer de que una estrella le contemplase.

Gwynplaine y Dea formaban una pareja y sus dos corazones patéticos se idolatraban. Un nido con dos pájaros; ésa era su historia. Estaban ya en los dominios de la ley universal, que consiste en gustarse, buscarse y hallarse.

De este modo quedó chasqueado el odio.

Las persecuciones de que fué víctima Gwynplaine y el enigmático encarnizamiento contra él, habían errado el tiro; quisieron hacer de él un hombre desesperado y le hicieron feliz. La tenaza del verdugo se trocó para él en mano de mujer. Gwynplaine era artificialmente horrible por la industria de los miserables comprañios, que creyeron de este modo aislarle para siempre, primero de la familia, si la tenía, y luego de la humanidad: siendo niño le convirtieron en una ruina; pero la Naturaleza recobró esta ruina como recobra todas, y consoló su soledad, como consuela todas las soledades: la Naturaleza socorre todos los abandonos; donde todo desaparece, vuelve á hacerlo aparecer, reflorece y re-

verdece por dondequiera, y da la hiedra á las piedras y el amor á los hombres.

¡Profunda generosidad de la sombra!

VI

EL AZUL EN EL NEGRO

Así vivían, uno para otro, esos dos desdichados, apoyándose Dea en Gwynplaine; la huérfana quería al huérfano y la imperfección poníase bajo el amparo de lo deforme: se casaban esas dos viudedades.

Inefable acción de gracias rendían esas dos aflicciones. ¿A quién? A la inconmensurable obscuridad. Basta con dar las gracias, porque esa acción tiene alas y vuela adonde debe ir. La plegaria sabe más que nosotros. Muchos hombres creyeron suplicar á Júpiter y rezaban á Jehová. ¡A cuántos creyentes en amuletos escucha el infinito! ¡Cuántos ateos no saben que por el mero hecho de ser buenos y de estar tristes ruegan á Dios!

Gwynplaine y Dea estaban agradecidos.

Deformidad significa expulsión; ceguera quiera decir precipicio; pero en ellos la expulsión era adoptada y el precipicio estaba habitado.

Gwynplaine veía descender hasta él, en uno de los decretos del destino, semejante á la luminosa perspectiva de un sueño, blanca y hermosa nube en figura de mujer, visión radiante que tenía corazón; y esta aparición seminube y, sin embargo, mujer, le estrechaba, le abrazaba, y ese corazón correspondía al suyo. Gwynplaine no se creía deforme desde que fué querido: una rosa pidió en matrimonio á una crisálida, presintiendo en ella la divina mariposa; el rechazado Gwynplaine fué el escogido.

Todo estriba en ser á propósito; Gwynplaine lo era y Dea también.

Formaban la penetración de dos infor-

tunios en el ideal, éste absorbiendo aquél. Dos exclusiones que se admitían. Dos lagunas que se unían para completarse. Uníanse por lo que les faltaba, por lo que el uno era pobre y el otro era rico. La desgracia del uno era el tesoro del otro. Si Dea no fuese ciega, ¿hubiera proferido á Gwynplaine? Si Gwynplaine no fuese monstruo, ¿hubiese escogido á Dea? Probablemente ella no hubiera amado lo deforme ni él lo imperfecto. Es fortuna para Dea que Gwynplaine sea repugnante, y es dicha para éste que aquélla sea ciega. Eran imposibles sin estas cualidades providenciales. La prodigiosa necesidad de uno y de otro componía el fondo de su amor. Producía su adherencia el encuentro de sus dos desgracias. Se abrazaban al ser tragados por el abismo.

Gwynplaine pensaba: — ¡Qué sería yo sin ella!

Y Dea: — ¡Qué sería yo sin él!...

Sus dos destierros les conducían á una patria; sus dos fatalidades incurables, el estigma de Gwynplaine y la ceguera de Dea, producían su función en la satisfacción propia de cada uno. Se bastaban y no pensaban en nada fuera de sí mismos; hablarle era para ellos un placer, aproximarse una felicidad; á fuerza de intuición recíproca habían logrado la unidad de pensamiento; pensaban los dos lo mismo. Se estrechaban el uno contra el otro, con una especie de claroscuro sideral, plagado de perfumes, de resplandores, de músicas, de arquitecturas luminosas, de sueños; se pertenecían y se hallaban juntos para siempre en la misma alegría y en el mismo éxtasis: nada era tan extraño como el edén que formaban estos dos condenados.

Eran felices de un modo inexpresable. De su infierno habían hecho un cielo; ¡tal es la omnipotencia del amor!

Así hallaron la felicidad ideal y realizaron la alegría perfecta de la vida, resolviendo el problema misterioso de la felicidad. ¿Y quién lo resolvía? Dos desdichados.

Dea era el esplendor para Gwynplaine y éste era la presencia para Dea. La presencia, misterio profundo que diviniza lo invisible, y de la que resulta otro misterio, la confianza. Esto es lo irreductible en las religiones, pero esto irreductible es suficiente. No se ve al ser inmenso y necesario, pero se le presiente. Gwynplaine era la religión de Dea. A veces, loca de amor, se postraba delante de él semejante á una her-

mosa sacerdotisa de un gnomo de pagoda. Figuraos el abismo y en medio de él un oasis de claridad, y en este oasis estas dos criaturas deslumbrándose fuera de la vida.

Sus amores eran muy puros. Dea desconocía lo que era un beso, aunque quizás lo desease; pues la ceguera, particularmente en la mujer, tiene sus sueños, y aunque temblaba por las aproximaciones de lo desconocido, no las rechazaba todas. Respecto á Gwynplaine, su accidentada juventud le hizo pensativo, y cuanto más se entusiasmaba por Dea, más tímido era; pudo atreverse á todo con la compañera de su primera edad, que ignoraba esta falta, como desconocía la luz; con esta ciega, que sólo veía que ella le amaba; pero él creía de ese modo robar lo que ella le concedería, y se resignaba con satisfactoria melancolía á adorarla platónicamente, resolviéndose en pudor augusto el sentimiento de su deformidad.

Estos dichosos vivían en el ideal, siendo allí esposos separados, como las esferas. Cambiaban en la extensión azul el effluvio poderoso que en el infinito se llama atracción y en la tierra sexo. Se daban los besos del alma.

Vivían en vida común: era la única unión que existía entre ellos. La infancia de Dea coincidió con la adolescencia de Gwynplaine, y crecieron uno junto al otro. Habían dormido mucho tiempo en la misma cama, porque la choza no permitía otra cosa. Ellos dormían sobre el cofre y Ursus sobre el piso. Llegó un día, siendo Dea todavía pequeña, pero sintiéndose Gwynplaine ya hombre, que en éste comenzó la vergüenza. Entonces le dijo á Ursus:—Yo también quiero dormir en tierra. A la siguiente noche se tendió al lado del viejo, sobre la piel de oso. Dea lloró y reclamó á su compañero de lecho; pero no lo consintió Gwynplaine, que estaba ya inquieto, porque principiaba á quererla. Desde entonces Gwynplaine se acostó en tierra con Ursus. Este, en verano, cuando hacía buena noche, se acostaba con Homo fuera de la choza ambulante. Tenía ya Dea trece años y no estaba resignada todavía á esta separación; frecuentemente decía por la noche:—Gwynplaine, ven aquí, á mi lado, y así dormiré mejor. Tener un hombre al lado era para ella la necesidad del sueño de la

inocencia. La desnudez consiste en verse desnudos: por eso ella desconocía lo que era desnudez. Inocencia de la Arcadia ó de Otaiti. La salvaje Dea hacía á Gwynplaine feroz. A veces, Dea, siendo ya mujer, peinaba su hermosa cabellera, sentada sobre la cama, con la camisa casi caída, dejando ver el bosquejo de la estatua femenina, y llamaba á Gwynplaine. Este se ruborizaba, bajando los ojos, y no sabía lo que le sucedía á la vista de aquella carne; balbuceaba, volvía la cabeza á la parte opuesta, tenía miedo y se marchaba: este Dafne de las tinieblas huía ante aquella Cloe de la sombra. Tal era aquel idilio, encerrado en una tragedia.

Ursus les decía:

—¡Estúpidos, adoraos!

VI

URSUS INSTITUTOR Y URSUS TUTOR

Ursus añadía para sí:

—El mejor día les voy á jugar una mala pasada; les voy á casar.

Explicando á Gwynplaine la teoría del amor, le decía:

—¿Sabes cómo Dios enciende el fuego del amor? Pone á la mujer debajo, al demonio en medio y al hombre arriba; enciende un fósforo, esto es, una mirada, y todo arde.

—Para eso no se necesita la mirada—repuso Gwynplaine, pensando en Dea.

—¿Para mirarse las almas necesitan ojos, majadero?

Ursus consolaba con frecuencia á Gwynplaine, y en los momentos de locura se acogía á éste. Ursus le dijo un día:

—Por eso no estés sombrío ni disgustado. El gallo se pavonea cuando ama.

—Pero el águila se oculta—le contestaba Gwynplaine.

Otras veces, Ursus se decía aparte:

—Será prudente poner palos en las rue-

das del carro de Citerea. Se aman demasiado y esto puede traer inconvenientes. Evitemos el incendio; hay que moderar sus corazones.

Ursus recurría á consejos de este género, dándose los á Gwynplaine cuando Dea dormía, y á ésta cuando aquél no se hallaba delante.

—Dea, no debes encadenarte tanto á Gwynplaine; vivir para otro es muy peligroso. El egoísmo es casi la felicidad. No hay que fiar demasiado de los hombres; Gwynplaine puede infatuarse, porque le aplauden mucho; ¡no sabes qué grandes éxitos logra!

—Gwynplaine, lo desproporcionado nada vale. Demasiada fealdad por una parte y demasiada belleza por otra, debe hacerte reflexionar. Modera ese ardor. No te entusiasmes tanto con Dea. ¿Crees que has nacido para ella? Considera tu deformidad y su belleza; ya ves la distancia que hay de ella á ti; hazte estas reflexiones y te calmarás.

Pero estos consejos sólo sirvieron para acrecentar el amor que se profesaban Gwynplaine y Dea, y Ursus se asombraba del poco éxito que obtuvo por ese medio. ¿Pero quería verdaderamente entibiar ó extinguir el amor en ellos? Seguramente que no. Hubiera tenido un disgusto si lo hubiese conseguido, porque en el fondo, este amor, que era una llama para los amantes, era para él un calor que le hacía revivir; pero es necesario murmurar un poco de lo que nos gusta, que esto es lo que los hombres llaman sabiduría.

Ursus fué para los dos amantes casi padre y madre; murmurando les educó y guiando les mantuvo. Su doble adopción hizo más pesada á la choza ambulante, y él tuvo que engancharse muy frecuentemente con Homo para arrastrarla; pero cuando pasaron los primeros años y Gwynplaine fué ya hombre y Ursus viejo, le tocó á aquél el turno de conducir á éste.

Ursus, al ver crecer á Gwynplaine, sacó el horóscopo de éste de su deformidad. *Han hecho tu fortuna*, le decía.

Esta familia, formada por un viejo, dos niños y un lobo, rodando por caminos, calles y plazas, había estrechado cada vez más su grupo. La vida nómada no había

impedido la educación. Como Gwynplaine había sido, indudablemente, desfigurado para ser exhibido en las ferias, Ursus le educó para saltimbanqui, inculcando en él, al mismo tiempo, la ciencia y la sabiduría. Contemplándole el rostro gruñía:—Está bien comenzado. Por eso él le completaba con todos los ornamentos de la filosofía y del saber. Frecuentemente le decía:

—Es preciso que seas filósofo. Ser sabio es ser invulnerable. Aquí donde me ves, yo no he llorado jamás, y este es el poder de la sabiduría. ¿Crees que si hubiese querido llorar me hubieran faltado ocasiones?

Ursus, en sus monólogos, que el lobo oía, decía:

—He enseñado á Gwynplaine muchas cosas, incluso latín, y nada á Dea, á excepción de la música.

Les enseñó á los dos á cantar; él tocaba muy bien la flauta, así como también la chiflonía, especie de gaita. Sus tocatas atraían mucha gente. Ursus enseñaba á la muchedumbre su chiflonía, diciéndola en latín: *Organistrum*.

Enseñó el canto á Gwynplaine y á Dea, según el método de Orfeo y de Binchois. Con frecuencia le hacía suspender las lecciones este grito de entusiasmo:

—¡Orfeo, músico de Grecia; Binchois, músico de Picardía!...

Los cuidados de su educación no ocupaban á los niños de tal manera que no les dejase tiempo para amarse; crecieron mezclando sus dos corazones, como dos arbutos, plantados próximo uno de otro, mezclan sus ramas cuando se convierten en árboles.

—Es igual—murmuraba Ursus:—yo les casaré.

Y gruñía aparte:—Me empalagan con sus amores.

El pasado puede decirse que no existía para Gwynplaine y para Dea; sólo sabían de él lo que Ursus les había dicho, y á éste le llamaban padre. El único recuerdo que Gwynplaine tenía de su infancia era el de haber experimentado una irrupción de demonios sobre su cuna; conservaba la impresión de haber sido pisoteado en la obscuridad por pies enormes. ¿Fué eso casual ó voluntario? No lo sabía. De lo que se acordaba con todos sus detalles era de la aventura

trágica de su abandono. El encuentro de Dea marcaba para él, en dicha noche lúgubre, un dato luminoso.

Dea, como era todavía más pequeña que Gwynplaine, no conservaba recuerdo alguno en la memoria. Se acordaba de su madre como de una cosa fría. ¿Había visto el sol? Tal vez. Ella se acordaba de haber visto algo luminoso y caliente, que fué reemplazado por Gwynplaine.

Se hablaban en voz baja: arrullarse es lo más importante que existe en el mundo. Un día, no pudiendo contenerse, al contemplar Gwynplaine á través de una manga de muselina el brazo de Dea, aplicó sus labios á esa transparencia; con su boca deformó un beso ideal; Dea sintió profundo arrobamiento y se ruborizó mucho. El beso del monstruo hizo brillar la aurora sobre la noche de su frente; no obstante, Gwynplaine suspiró como con terror, y como la gorguera de Dea se entreabría, no pudo dejar de contemplar blancuras visibles por aquella abertura del paraíso.

Dea se subió la manga y tendió á Gwynplaine el brazo desnudo, diciéndole:—Otra vez.—Pero Gwynplaine huyó corriendo.

Al siguiente día se repitió este juego con variaciones. Resbaladuras celestes por el abismo suave del amor. De estas cosas el buen Dios, como viejo filósofo, se sonríe.

VII

LA CEGUERA DA PRUEBAS DE VER CON CLARIDAD

A veces Gwynplaine se dirigía reproches á sí mismo, al considerar su felicidad como un caso de conciencia; imaginábase que dejarse amar por una mujer que no podía verle era engañarla. ¿Qué diría de él si sus ojos adquiriesen vista de improviso? Lo que

ahora la atrae, entonces le sería repulsivo, y retrocedería ante su espantoso amante, profiriendo un grito y tapándose la cara con las manos. Le atormentaba este escrúpulo, y le parecía que siendo un monstruo no tenía derecho á amar.

Un día dijo á Dea:

—Tú no sabes que soy muy feo.

—Sólo sé que eres sublime—le contestó ella.

—Cuando oyes que se ríe todo el mundo, es que se ríen de mí, porque soy horrible.

—Yo te amo—le respondió Dea.—Estaba ya muerta, y me resucitaste; tú para mí eres el Cielo. Dame la mano, deseo tocar á Dios.

Sus manos se buscaban y se estrechaban sin decirse una palabra, silenciosos por la plenitud de su amor.

Ursus, que oyó lo anterior, al día siguiente, estando juntos los tres, dijo:

—Por otra parte, Dea es fea también.

Pero estas palabras no hicieron efecto alguno. Dea y Gwynplaine no lo oían. Absorbidos el uno en el otro, se enteraban rara vez de los epifonemas de Ursus; no le hacían caso. Esta vez, no obstante, la precaución del filósofo «Dea es fea también», indicaba en el hombre docto la ciencia de la mujer. Gwynplaine había cometido lealmente una imprudencia. Decir á cualquiera otra mujer y á cualquiera otra ciega que no fuese Dea: *Yo soy feo*, era peligroso. Ser ciega y enamorada es ser dos veces ciega. En esta situación se vive de sueños; la ilusión es el pan del sueño, y despojar de la ilusión al amor, es quitarle el alimento. Todos los entusiasmos entran útilmente en su formación, tanto la admiración física como la admiración moral. Por otra parte, no se debe decir jamás á la mujer ninguna palabra difícil de comprender, porque esto le obliga á pensar sobre ella y á pensar mal. Un enigma en el pensamiento origina un estrago; la percusión de una palabra que se ha dejado caer, desagrega lo que se adhería, y ocurre á veces que, sin saber cómo, se vacía visiblemente el corazón por haber recibido el golpe obscuro de una palabra en el aire. El ser que ama advierte esta disminución de su felicidad.

Afortunadamente, Dea no estaba formada de esa arcilla: la materia de que se componen generalmente las mujeres no entró en su composición; era una naturaleza rara. Su cuerpo era frágil, pero no su cora-

zón, y formaba el fondo de su ser divina perseverancia en el amor.

Todo el efecto que produjo en ella la frase de Gwynplaine se redujo á hacerla decir un día lo siguiente:

—¿Qué es ser feo? Ser feo es obrar mal, y Gwynplaine obra siempre bien; luego es hermoso.

Después, siempre bajo la forma interrogativa, peculiar á los niños y á los ciegos, repuso:

—¿A qué llamáis vosotros *ver*? Yo no veo, ya lo sé; parece que el *ver* oculta algo.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que quieres decir?—preguntó Gwynplaine.

—Que *ver* es una cosa que oculta lo verdadero.

—No—replicó Gwynplaine.

—Si—insistió Dea,—pues tú dices que eres feo.

Quedó un instante pensativa, y después añadió:

—¡Mentiroso!

Gwynplaine recibió la alegría de haber confesado la verdad y de no ser creído. Su conciencia quedó tranquila y también su amor.

De este modo llegaron, ella á los diez y seis años y él á los veinticinco.

No estaban, como se diría actualmente, más adelantados que el primer día. Menos, porque recordará el lector que pasaron su noche de bodas teniendo ella nueve meses y él diez años. Una especie de niñez santa prolongábase en su amor; así sucede algunas veces que el ruiseñor que se retarda persiste en su canto hasta aparecer la aurora.

Sus caricias no iban más allá de los apretones de manos y de algún beso en el brazo desnudo. Esto les era suficiente.

Al pensar en la edad que ya tenían los dos jóvenes, Ursus, una mañana, no perdiendo nunca de vista «su mala pasada», les dijo:

—Uno de estos días escogeréis una religión.

—¿Para qué?—interrogó Gwynplaine.

—Para casaros.

—Ya lo estamos—contestó Dea.

Dea no comprendía que pudieran ser marido y mujer de otro modo que lo eran.

En el fondo, esta satisfacción quimérica y virginal, esta inocente saciedad de un

alma de otra, este celibato tomado como matrimonio, no desagradaba á Ursus. Lo que les dijo fué porque debía hablar de ese modo; pero, como médico, hallaba á Dea, si no demasiado joven, demasiado frágil y delicada para lo que él llamaba «el himeneo en carne y huesos». Esto llegaría de todos modos demasiado pronto. Por otra parte, ¿no estaban ya casados? Si lo indisoluble existe en alguna parte, existía en la unión de Gwynplaine y Dea, y era amirable que la desdicha hubiese arrojado cariñosamente al uno en brazos del otro; y como si no bastase este primer lazo, que anudó el infortunio, vino á apretarlo, enroscándose sobre él, el amor.

Dea aportó la belleza y Gwynplaine la luz: cada uno tenía su dote, y más que una pareja formaban el par, separados solamente por la interposición sagrada de la inocencia.

Aunque á Gwynplaine le agradaba pensar y absorberse cuanto podía en la contemplación de Dea, en el foro interior de su amor era hombre. Las leyes fatales no pueden eliminarse, y sufría como todo en la naturaleza las fermentaciones oscuras impuestas por el Creador. Estas, á veces, cuando aparecía en público, le impulsaban á mirar á las mujeres que había entre la multitud, pero inmediatamente huía la vista de ellas y se apresuraba, como arrepentido, á concentrarse en su alma.

Agreguemos que le faltaba atrevimiento, porque en el rostro de todas las mujeres que miraba veía escrita la aversión, la antipatía y la repugnancia, y comprendía que únicamente era Dea posible para él: esto le ayudaba á arrepentirse.

VIII

Á MÁS DE LA DICHA LA PROSPERIDAD

En los cuentos hay muchas verdades; la quemadura del diablo invisible que os toca, es el remordimiento que causa una mala idea.